

14.ª División

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO I

NUM. 15





¡¡ASTURIAS!!

¡HERMANOS SOLDADOS!

En la carne viva de todos los trabajadores españoles quedó grabada a fuego la gesta heroica del octubre asturiano; y todavía vivo el recuerdo, palpitante aun el dolor de los caidos en aquella lucha desigual y sin cuartel, cuando todavía era para todos los trabajadores, Asturias la martir, Asturias la ejemplar, Asturias la heroica, vuelve Asturias a renovar sus títulos de avanzada proletaria y revolucionaria de España; vuelve Asturias a escribir su nombre con letras de sangre en el libro de la historia en el que se registran las grandes hazañas de los oprimidos en lucha por la libertad y por la paz.

Asturias sigue siendo hoy, como lo fue antes, el más firme baluarte de nuestra lucha; vuelve a derrochar heroísmo; vuelven sus hijos a correr impávidos al encuentro de la muerte y del dolor; vuelven sus hijos a presentar sus pechos a las armas de los eternos tiranos; vuelven sus hijos a trasladar a la realidad el estoicismo gigantesco de la frase «es preferible morir en pie a vivir de rodillas».

Asturias lucha hoy nuevamente contra un enemigo formidablemente pertrechado; y nuevamente la desigualdad de armamento y condiciones de lucha, la inferioridad manifiesta en número de hombres y en cantidad de elementos de combate, no es un obstáculo para los heroicos mineros, para los heroicos trabajadores, todos de la Asturias proletaria.

A través de los largos meses de lucha que llevamos, nadie en España ha superado en heroísmo a los trabajadores asturianos; nadie se ha lanzado al combate con más bríos, con más agnecación que ellos. Es posible que haya hermanos de lucha que hayan igualado de su heroísmo; pero ninguno, absolutamente ninguno lo ha superado.

¡Hijos del pueblo! ¡Ahí está el modelo! ¡Manteneos firmes en vuestros puestos como hacen los compañeros de Asturias! ¡Todo antes que doblar la cerviz ante los rebeldes! ¡Todo antes que aceptar sumisamente la derrota!

¡Hijos del pueblo! ¡Ahí está el modelo de Asturias! Y tened la seguridad de que si todos lo seguimos fielmente, de que si todos imitamos la actitud, el valor y el heroísmo de los trabajadores asturianos, el fascismo se estrellará indefectiblemente ante nosotros; y para nosotros quedará la gloria y el honor de haber señalado a los trabajadores del mundo entero el camino a seguir para derrocar a los tiranos seculares.

Pensad en esto; pensad en los hermanos de Asturias; pensad en vosotros mismos, en vuestro futuro de libertad y de paz, en el futuro de libertad y de paz de vuestros hijos y de los hijos de vuestros hijos. Y encontraréis la fuerza suficiente, el estoicismo necesario, para soportar impávidos todos los dolores, para realizar todos los sacrificios.

Así lo exigen de consumo la paz y la libertad; así lo exigen nuestros hermanos caídos en la lucha. ¡Por la victoria del pueblo! ¡Por el triunfo de la Libertad!

El Comisario de la División
M. VALLE.

REALIDADES

¿Y DESPUES?

crear, crear siempre



Son tantas las veces que mi cerebro ha formulado este interrogante, que se matiza con nuevas formas imprecisas cada día, en el fondo de mi subconsciente como una obsesiva preocupación.

Veo transcurrir la guerra lenta, metódica, permanentemente hacia la victoria. Veo los últimos días, las últimas resistencias, las inevitables defecciones, los triunfales desfiles policromos y deslumbrantes, honores enquistados en vibrantes himnos revolucionarios; pero después... ya no veo nada. ¿Escepticismo? ¿Duda? ¿Quién que es no es escéptico!

No confío en nosotros, no confío en los hombres.

Dudo.

Y ante la duda, reacciono.

No, no es posible dudar.

Es preciso tener confianza, es preciso ir recto hacia el fin, sin desmayos, sin vacilaciones.

Nuestra obligación, nuestra

finalidad no es ganar la guerra. Ganar la guerra es el medio que hemos de emplear, es la condición previa para conseguir nuestro triunfo.

Con ganar la guerra solamente se consigue un trastuque de valores ficticios, un cambio de figuras, un remozo en la fachada del viejo caserón tradicional de la política y de la riqueza, de los privilegios y del caciquismo. Los obreros no pueden, no deben conformarse con esto y nosotros, los revolucionarios, los innovadores, menos aún. Los obreros deben demoler ese edificio arcaico y maloliente, lenta, segura, inflexiblemente, con continuos golpes de piqueta y los paladines de la revolución deben auxiliarles en su obra con el fuego, con la dinamita, con los gestos duros y trascendentales...

Hay que derribarlo todo: el edificio y los cimientos; remover el solar, aventar los escombros; y después...

Crear.

Crear; con ansia, con rabia, con júbilo, con fuerza, con audacia...

Hemos de hacer una Humanidad nueva. Hemos de renovarnos nosotros mismos, y el que en estos meses de lucha se haya pervertido tanto

que no pueda renovarse, debe eliminarse él mismo, silenciosamente, calladamente...

La guerra embrutece, perverte, degenera; el trabajo purifica, enaltece y dignifica...

Nos aguarda un porvenir de trabajo íntimo, cordial, feliz; sin luchas, sin defecciones, sin imposiciones; una vida mejor y más noble, y hacia ella hemos de dirigirnos.

Yo no os pido a los que combatís que os conservéis puros e íntegros estos meses. Dolorosamente sé que no es posible; pero sí hacedlo por el porvenir vuestro y de la revolución en marcha, por la felicidad vuestra y de las generaciones futuras; conservad vuestros frenos morales, vuestra conciencia, vuestra honradez. Conservadlo como un rito, como una tradición, aptas para que en cualquier momento podáis, terminada la locura de la guerra, ser hombres limpios, buenos, transparentes.

Que vuestras vidas sean en el futuro un ejemplo, una bandera, un airón; que desechéis la inmodestia que hoy os provoca el exceso de popularidad para ser ignorados.

Que suprimáis la soberbia que hoy os infiltra el brillo de vuestros uniformes, para ser sencillos y humildes.

Que suprimáis el orgullo que hoy os imprimen el relato de vuestras gestas gloriosas, para acoger a los que no supieron o no pudieron ser héroes como vosotros.

Que troquéis la vida de burócrata o de cuartel por la del trabajo duro y permanente; que cambiéis la compañera actual de uñas nacaradas y labios de «rouge» y ojos de «kohol», por la modesta, la callada, la humilde compañera del trabajador.

Que retornéis a los hogares sencillos de encalada fachada que reverbera al sol, que se arreglan con tanto gusto los domingos, después de comer.

Abandonad los lujos, los transitorios placeres, los vicios que no proporcionan la felicidad; que queden éstos para los que no comprenden la grandeza del momento que hemos de vivir y el papel que todos hemos de desempeñar en la historia de los pueblos.

Y los que no retornen, los que queden deslumbrados por las luces, los uniformes y el champán, dejadles encenagarse en ellos y compadecedles: esos son los verdaderos forzados, son el lastre de la Humanidad, son el desdoro de la Revolución.

El ejemplo, que nuestros hermanos de lucha, en el frente de Aragón, nos sirve como espejo, donde han de mirarse las verdaderas virtudes del soldado de la República, es una prueba definitiva, de que la victoria del pueblo no se hará esperar. Palmo a palmo, va cediendo el fascismo invasor los pedazos de tierra, holladas por sus plantas, al empuje heroico de los soldados del Ejército Popular. Magnífica gesta gloriosa que al unísono, con la epopéyica defensa de las crestas asturianas, son los jalones triunfales, que aseguran la victoria final de la causa del proletariado español.



Divulgaciones culturales

Mirando al Infinito



No conocía el hombre el medio que pisaba y dirigió su vista al cielo, adorando a aquellas hermosas luciérnagas, cuya existencia no se explicaba.

Alejémonos de las mezquindades terrenas y elevemos el pensamiento a aquellas cosas que, por su magnitud y altura, colocan al hombre al margen de la fiera y lo convierten en el gigante, que, con el pensamiento y la inteligencia, le han permitido desentrañar parte de aquellos misterios que aun hoy, al cabo de los siglos de ardua labor, quedan sumidos en las más oscuras tinieblas del pensamiento.

Pero el genio humano, con el trabajo callado y constante,

sigue investigando el gran misterio del Universo, y poco a poco se desmorona el inmenso valladar que se opone a su conocimiento.

Muchos siglos lleva de existencia la Humanidad, y durante la mayor parte de ellos, es decir, desde que el hombre salió de su época infrahumana, podríamos decir, una de sus grandes preocupaciones ha sido la de conocer su casa.

A modo del extranjero que llega a una localidad, y lo primero que hace es examinar su

cuarto, conoce su instalación, visita sus alrededores; más tarde, desde las lomas más altas, gusta del paisaje; así el hombre, como ser civilizable, recorrió los territorios que abarcaba con su vista; en su timidez primitiva, y ante las barreras que le ofrecía la Naturaleza, se limitó y circunscribió a aquella parte del terreno que podía franquear con sus pobres medios. Algún audaz viajero o navegante hizo incursiones por terrenos hasta entonces desconocidos, y sus aventuras y desventuras, exageradas y desfiguradas bellamente, crearon aquellas hermosas leyendas de la Mitología.

No conocía el medio que pisaba y dirigió su vista al cielo, adorando a aquellas hermosas luciérnagas, cuya existencia no se explicaba.

Hubo alguien que ya no miró al cielo con ojos piadosos, sino con los de la ciencia, una ciencia balbuciente, tímida y llena de prejuicios.

Estos escarceos y observaciones dieron lugar al nacimiento de una de las ciencias más complejas, cual es la Astronomía.

No voy a hablar aquí de las interpretaciones más o menos caprichosas, aunque cu-

riasas, que dieron los pueblos primitivos, como los egipcios, de considerar el mundo circunscrito al valle del Nilo, en medio de una esfera de cristal, de la que pendían, como lumbreras, el Sol, la Luna y las estrellas, todo ello sostenido por unas flamantes columnas.

Haré una somera descripción, lo más sencilla posible, de aquellos estudios que sirvieron de base fundamental para la concepción actual del Universo.

El hombre, en su idea egoísta y egocéntrica, creyó que todo el Universo giraba alrededor de él, y en su terquedad, consideró inmóvil la Tierra, y con esta idea edificó su sistema.

Según esta concepción, la Tierra, cuya esfericidad comenzaba a reconocerse, estaba inmóvil en el centro de una inmensa esfera giratoria. Las estrellas se encontraban fijas en este globo, así como el Sol, la Luna y los planetas hasta entonces conocidos.

Es cierto que, mirando al cielo, bien se ve que así parece ocurrir, pero la verdad es muy otra.

Este sistema o modo de ver del Universo lo imaginó Tolomeo hace ya varios siglos.

En los principios del siglo XV, Copérnico ideó la manera de comportarse el Universo de un muy distinto modo; y así, él pensó que lo que estaba fijo era el Sol y que la Tierra y los planetas giraban a su alrededor, atribuyendo a aquélla el movimiento de rotación y considerando a la Luna bajo su verdadero aspecto, o sea como satélite de la Tierra, en cuyo torno gira.

Pocos años después, Ticho-Brahé, que, por principios religiosos, y dada la intransigencia de la época, no se atrevía a confesar el movimiento de nuestro planeta, propuso un sistema de transacción, en el cual la Tierra estaba inmóvil en el centro de la órbita del Sol, que, móvil alrededor de aquélla, ocupaba el centro de las órbitas de los planetas.

Este sistema no tuvo aceptación, y la razón se fué abriendo paso sobre la base del sistema de Copérnico.

A partir de aquí la Astronomía ha ido paulatinamente aumentando el caudal de sus conocimientos y al mismo tiempo sus límites se van ensanchando de modo inusitado, y cuanto más se sabe, mayores son los horizontes de lo por saber.

Por hoy, podemos decir: que la Tierra pertenece al Sistema Solar, recibiendo este nombre el conjunto de astros que marchan por el espacio influenciados por el Sol, de los cuales es eje.

El Sol es el centro de nuestro sistema planetario, siendo un inmenso globo de fuego, cuyo diámetro es 109 veces mayor que el de la Tierra.

Rara dar una idea de su magnitud, diré que, si trasladásemos la Tierra y la órbita de la Luna dentro de su círculo, pasando a ocupar nuestro planeta el centro, cabrían holgadamente los dos astros.

Este inmenso cuerpo se halla a una distancia media de la Tierra de 148 millones de kilómetros, de modo que el proyectil de un cañón, que recorra 1.000 metros en el primer segundo y continúe animado de esa velocidad, tardaría en llegar al Sol cuatro años y siete meses.

Forman parte del Sistema Solar una serie de astros que podemos agrupar dentro de

ciertas características afines. Así, tenemos los «planetas».

Estos cuerpos giran alrededor del Sol en diverso período de tiempo, como, por ejemplo, Mercurio, que tarda en dar la vuelta alrededor del Sol 88 días; la Tierra, que lo hace, como todos sabemos, en 365 días, y el planeta Plutón, que efectúa este movimiento en un período de tiempo de 249 años terrestres.

Otra característica común a los planetas es la de carecer de luz propia y reflejar la que reciben del Sol.

La distancia media de los planetas al Sol es también muy variable: Mercurio, que es el más cercano, tiene una distancia media de 58 millones de kilómetros; siendo el más alejado Plutón, que dista del Sol 5.900 millones de kilómetros.

El nombre de los planetas es el siguiente, en relación con sus distancias al Sol: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón.

Los «satélites» son astros que tienen la propiedad de girar alrededor de los planetas, y con éstos, a su vez, alrededor del Sol. Son también cuerpos carentes de luz propia y reflejan la que reciben del Sol. Su tamaño es siempre menor que los cuerpos a que acompañan.

Nosotros podemos contemplar a nuestro sabor el satélite propio de la Tierra, la Luna.

Existen otros astros que, por la enorme extensión de su recorrido y por otras propiedades muy características, reciben el nombre de «cometas».

Son cuerpos de variado aspecto que aparecen en la esfera celeste, brillan durante algún tiempo para luego ocultarse. Algunos han vuelto a repetirse su irrupción, que muchas veces ha sido predicha con bastante exactitud por los Observatorios, perdiéndose otros, tal vez para siempre, en el espacio inmenso.

Se conocen unos pequeños cuerpos brillantes, que de repente se presentan en el cielo y marcan un trazo luminoso, desapareciendo rápidamente de nuestra vista.

Estos cuerpos celestes reciben el nombre de «estrellas fugaces» y su luminosidad y



La tierra, en constante ebullición, cruje por las válvulas de sus volcanes...

súbita desaparición es debida a que en su danza por el espacio llegan a rozar la atmósfera terrestre, y por ello y por su gran velocidad se incendian, pulverizándose.

Todo este tinglado forma parte de esa inmensa banda blanquecina que cruza el cielo, conocida con el nombre de «Vía Láctea» o «Camino de Santiago».

Esta faja luminosa debe su aspecto a estar formada por un conglomerado de estrellas enorme y a unas distancias verdaderamente fantásticas.

Toda esta agrupación simula la forma de una rueda, cuyo diámetro mide la fabulosa cifra de 100.000 años luz (1).

(1) El año luz es una unidad

Y he aquí cómo partiendo desde nuestra Tierra, planeta que los antiguos, como hemos visto, consideraban el centro y eje del Universo, hemos llegado a percibir los abismos del infinito, conceptuando la Tierra en su verdadero aspecto de pequeño granito, que flota en este inmenso caos que se llama Universo.

KULTUR

Miliciano de Cultura del 28.º batallón.

de medida usada en Astronomía. Teniendo en cuenta que la velocidad de la luz es de 300.000 kilómetros por segundo, fácilmente podemos calcular este diámetro; basta multiplicar 300.000 por el número de segundos que hay en los 100.000 años. Cantidad tan fantástica que más vale no escribirla.



La Tierra, en su verdadero aspecto de pequeño granito, que flota en el inmenso caos que se llama Universo.

El factor Comisario

En una guerra como la nuestra, de modos, de tendencias y de luchas entre clases y castas diferentes, surge un factor desconocido en la mayor parte de las guerras contemporáneas y que con frecuencia pasa inobservado e inadvertido. Se trata del Comisario.

El Comisario, santón de nuestra guerra, debe ser quien predique la justeza de nuestra causa, quien vaya preparando al pueblo y a los combatientes para una lucha épica de nuevas cruzadas contemporáneas, que han de derrotar todos los sistemas caducos, olvidados, pretéritos e irresurgibles. Ha de hacer que nuestros Ejércitos se nutran, no de levallas forzosas ni de bandadas de mercenarios, sino de luchadores conscientes, decididos, convencidos de la razón que les asiste y de la grandeza de su misión.

Predicar. ¡Qué sublime palabra en la guerra! En la guerra, donde todo es feo, donde las pasiones imperan, donde se despierta el instinto en su peor acepción, donde los apetitos vibran con fuerza insospechada por encima de todo lo vil, de todo lo repugnante, surge, como una estela luminosa que se eleva rectamente al infinito, esta palabra de honda trascendencia: predicar, convencer, enseñar a quien no sabe, hacer abrir los ojos a la luz, indicar el camino a seguir, elevar el espíritu, convertir a los hombres que luchan en genios de la guerra, en apóstoles decididos, en paladines de un ideal inigualable.

Porque nuestra guerra es diferente de todas; en ella no hay afanes de conquista, no existe el sentido imperativo, categórico, de la ambición desmedida, no existe el deseo de

dominar a otros pueblos; impera como un solo criterio, como un corazón, el deseo claro, decidido, manifiesto, de un pueblo que quiere conservar su libertad y que quiere regir sus destinos con arreglo a normas perfectamente decididas en el fondo de su ideario.

Y este pueblo no lucha contra hermanos suyos, ni lucha contra otro pueblo al que quiere someter a la esclavitud, ni al que quiere domeñar; combate, por el contrario, contra una turba de fanáticos, de ambiciosos, de generales despechados y traidores a su patria y a su fe militar; lucha contra quienes se sublevaron de un modo vil y cobarde frente a un Gobierno legítimamente constituido, frente a una voluntad popular, frente a una tendencia hondamente sentida.

No son los soldados que combaten en las trincheras nuestros enemigos, ni son los campesinos que les producen el pan, ni son los pequeños propietarios que cooperan más o menos reacios, más o menos forzados, con los sublevados; son estos únicos, los generales, los terratenientes, los aristócratas, que no saben comprender que su papel histórico ha terminado; los curas que no siguen las doctrinas de Cristo, los ambiciosos, los políticos de toda laya; éstos son nuestros únicos enemigos, y contra esta maldad combate nuestro Ejército popular, animado por el soplo vivificador del Comisario.

El Comisario, paladín de nuestra causa, animador de nuestro espíritu guerrero, orador, héroe y propagandista, es una figura simbólica que pasará a la Historia rodeado de una aureola de sacrificios. El primero en el combate, el último en la recompensa.

Las glorias no las comparte con los jefes militares, que parecen ser los únicos que conducen a sus soldados a los fáciles triunfos, a los éxitos de relumbrón, y los sinsabores, en cambio, sí los comparte; las luchas, los sacrificios, los fracasos, también.

Pero no debes desmayar, Comisario. Tus triunfos son más hondos, son más trascendentes, son de una raigambre más profunda y, por tanto, más difíciles de ver. Tú preparas al Ejército, no sólo para que triunfe en el campo de batalla, sino para que sepa triunfar de sí mismo, para que ante él, en el porvenir, se abra un dilatado campo de dicha, de ventura, de felicidad. Preparas al Ejército para que sus soldados no sean autómatas, no sean un número más; para que sus componentes sean nombres conscientes, sean nombres libres, sean nombres capaces de combatir, de obedecer y de mandar; para que su espíritu se forme en un odio hacia la opresión, hacia el crimen, hacia la obscuridad, hacia la incultura, y abra sus ojos a la luz, amen los libros y sean sanos, fuertes, heroicos y capaces.

Yo sé que es dura, que es difícil, que es ingrata tu misión; pero ¡cuánto fruto podemos esperar de ella! Tú harás que las órdenes de los Mandos sean acatadas, no como una imposición, sino como una razón, como una verdad, como una necesidad ineludible; tú harás comprender a los soldados que los jefes son dignos de su confianza, porque son los mejores, los más capaces y los que más han demostrado su amor a la causa que todos defendemos, porque las puertas para el ascenso, para escalar los más altos puestos de unidad en el Ejército están abiertas a todos los que quieran, los que sepan, los que se decidan a escalarlos. Que hoy no es una casta militar, de una oligarquía estúpida y absoluta la que domina, donde los puestos se reparten por apellidos, ni por recomendaciones, ni por turbias maniobras políticas, sino que a estos cargos sólo llegan los que cuentan con una capacidad, con una personalidad y con un prestigio sólido y fuerte entre los soldados que están obligados a conducir a la victoria total sobre el enemigo común.



A los soldados de la Revolución

A vosotros, jóvenes luchadores, dirijo estas cuatro líneas para proseguir todos como un solo hombre en contra de los asesinos de nuestro pueblo español, que no reparan en sacrificar sus vidas, haciendo que todos los trabajadores que, por desgracia, quedaron bajo su dominio, obligándoles a venir a luchar en contra de sus hermanos de trabajo y de dolor.

Canallas, mil veces canallas esos ex generales traidores, discípulos de aquel famoso inquisidor de Cuba llamado Machado, que usó de los procedimientos más bárbaros que se conocen en la historia internacional. Y digo esto porque hoy en España, lo mismo que en Cuba, no conseguirán triunfar, aunque sean ayudados, como lo son, por Italia y Alemania, porque nosotros, los jóvenes revolucionarios, lo impediremos con el fusil en la mano, dando hasta la última gota de sangre en defensa de nuestro suelo español, invadido por las hordas de Mussolini e Hitler. Nosotros, los explotados de ayer y convertidos hoy en soldados del pueblo, daremos al traste con los invasores de nuestra nación.

Soldados de la revolución, jóvenes antifascistas: ¡Adelante todos como un solo hombre, por la libertad y la independencia de nuestra más querida España! Escuchad y tened presente que nos jugamos el todo por el todo, como se lo jugaron aquellos hermanos de la gran revolución rusa en Ucrania, y que, por consiguiente, podemos decir, como ellos, que tenemos fuerza, razón, disciplina y coraje para imponérsela, no solamente a los fascistas nacionales, sino a los internacionales, que no tardaremos en darles su merecido.

Así que, galeotes de la Libertad: a ganar la guerra por encima de los emboscados de la retaguardia, y una vez ganada la misma se implantará un régimen de paz y bienestar, donde cada uno trabaje con arreglo a sus fuerzas y consuma con arreglo a sus necesidades.

¡Viva la Alianza Juvenil Española!

¡Viva la revolución en marcha!

Francisco Roldán Priego

Barbarie



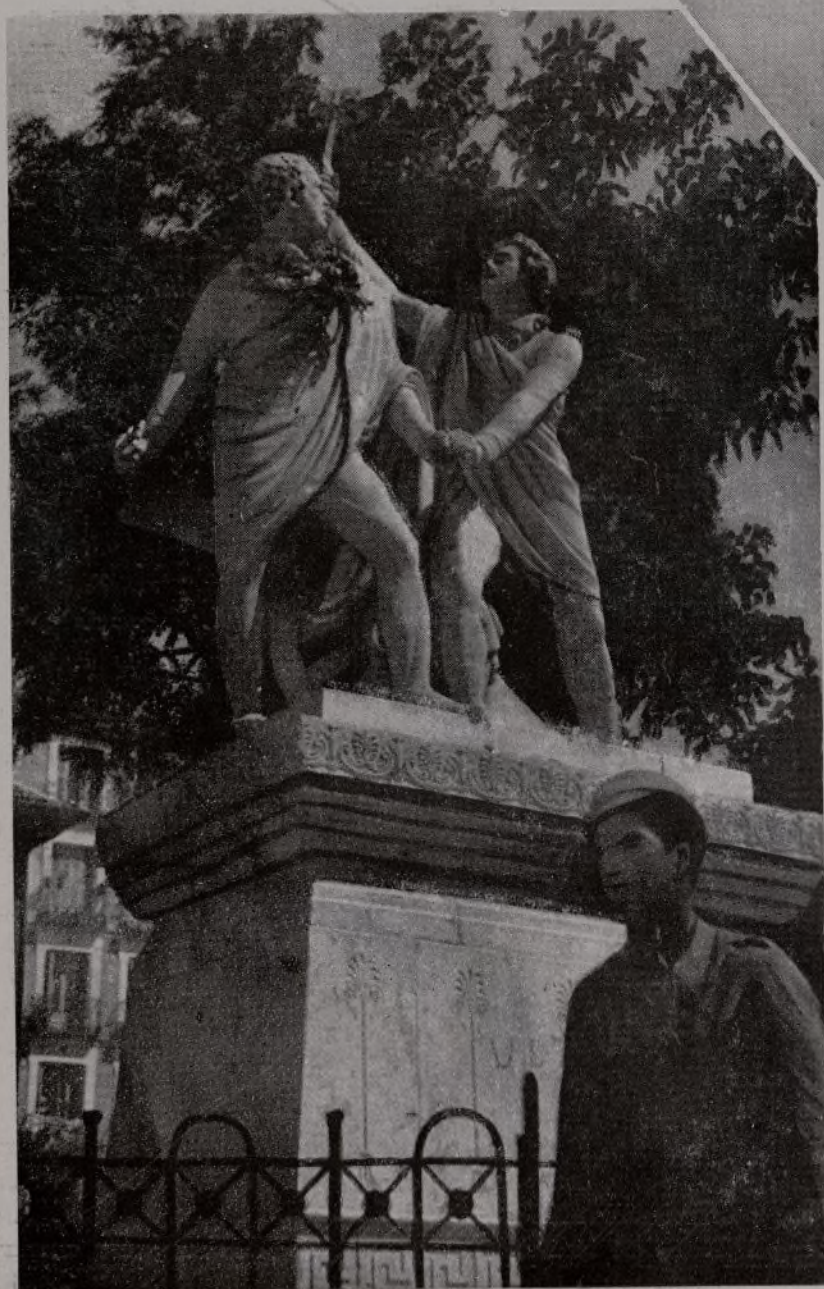
La bestia fascista, sin moral y sin entrañas, trata así a sus desgraciados prisioneros de guerra; baldón de ignominia de una casta avasalladora e imperialista que hay que destruir para siempre. Su "humanismo" es eso; violación de los sentimientos más dignos de respeto. Mordaza vil de toda ansia liberadora. Ese es el fascismo invasor. Inmoralidad, cobardía, insensibilidad. En su impotencia y su vesania, los invasores no reparan en sentimiento alguno, reproduciendo a su paso, esas escenas, recogidas con singular verismo por los artistas antifascistas, que ven en cada clarooscuro de esos cuadros de dolor, el ariete mas definitivo, contra la calaña y la ralea fascista. Toda reacción contra tamaña opresión es poca. Así lo entiende el combatiente de la República, al luchar brava y denodadamente contra el enemigo del pueblo.

Por lo que luchamos

No sólo, luchan los hijos del pueblo por mejorar sus condiciones materiales de vida; luchan también por llegar a comprender y a sentir de una manera propia y exacta los tesoros de Arte y los recuerdos de independencia que nos legaron otras civilizaciones.

Admiración, es respeto y es cultura. Admiraremos nuestras joyas artísticas.

La piedra, tallada por los siglos, son páginas que el soldado debe releer...



Para que nuestra independencia, no sea hollada por plantas extranjeras, ni nuestras obras de arte, sean lanzadas por el fascismo a la vorágine del oro: Para que la independencia espiritual de España sea un hecho: Por eso luchamos.

Ayuntamiento de Madrid



Si de algo puede enorgullecerse nuestro glorioso Ejército popular, además de las victorias conseguidas con las armas, es de las victorias conseguidas con la cultura. Si en algo fundamental nos diferenciamos del Ejército enemigo, y de lo cual podemos sentirnos orgullosos, es en el interés que ponemos todos en que el Ejército español, el Ejército «nuestro», se capacite ampliamente, no sólo para la guerra — ya que ésta nos la imponen las circunstancias y la defensa de nuestras libertades atropelladas—, sino para la postguerra, en la que habremos de hacer patentes nuestra capacidad y nuestra inteligencia para llevar a cabo la magna obra de reconstrucción y consolidación de la España revolucionaria, por la que exponemos nuestra libertad y nuestros derechos, nuestra libertad y nuestra vida.

Es indudable que al fascismo internacional, sostenedor de la cruenta guerra que su-

A los combatientes de la 14 División

¿Porqué venceremos?

frimos, sólo le interesa crear autómatas, que, en nombre de un capitalismo egoísta y de un Estado totalitario, se dejen matar en su estúpido intento de aplastar el incontenible espíritu revolucionario mundial, cuyas avanzadas se encuentran en España; de otra manera, con «hombres», con «machos», no hubieran intentado exponerse a una aventura de la cual salen tan mal parados el capitalismo y sus lacayos.

Por eso a España no la podrán dominar las huestes del fascio; porque en España, a la par que el hombre convertido en soldado se capacita para la guerra, se va capaci-

tando por medio de la cultura para llevar a cabo la revolución manumisora.

A este efecto se crearon, y rinden una labor eficaz, las milicias de la cultura, donde unos hombres ponen su capacidad al servicio de la revolución para desterrar la ignorancia de los cerebros que durante siglos la burguesía les negó toda luz. Estos hombres ponen su esfuerzo por ver convertida en realidad la célebre frase de Víctor Hugo: «Esto matará a aquello.» El libro matará a la espada. Porque es indudable que el día que el libro sea dueño y señor del hombre, las armas habrán des-

aparecido en su misión destructora.

El soldado español que lucha en la trinchera tiene junto al fusil libertador el libro educativo; y en los ratos que el fusil permanece inactivo, los mejores amigos del soldado son el libro y el maestro, que le enseña y orienta para hacer de él un hombre útil a sí mismo y a sus semejantes, cuando, vencedor, regrese a empuñar la herramienta del trabajo.

Pero aún no es bastante que el soldado, cuando está en la trinchera, disfrute de tan agradable y útil compañía, y para continuar esta labor, para que el combatiente pueda disponer en todo momento de medios de capacitación, se ha creado el Hogar del Combatiente, donde el luchador de hoy y productor de siempre puede encontrar un reposo y un medio de continuar la labor comenzada en la línea de combate.

¡Pero qué diferencia del Hogar moderno, el auténtico Hogar, al que existía en el antiguo Ejército! En aquéllos se respiraba el odiado ambiente cuartelero; el ruido de sables y espuelas seguía resonando entre aquellas paredes, a pesar de la máscara de camaradería con que querían disimularlos.

La Escuela del Hogar de «nuestro» Ejército es la prolongación de la escuela de las

el esfuerzo de todos no sea estéril.

En «vuestro» Hogar en Madrid, Montesquiza, 6, encontraréis un lenitivo a los dolores de la guerra.

Visitadlo, y en sus dependencias encontraréis un sedante a vuestras amarguras, y contribuiréis a la magna obra de cultura emprendida, cuyo fruto hemos de recoger en un próximo día glorificado con la sangre de nuestros hermanos caídos en la lucha.

Madrid, septiembre, 1937.

A. GUTIERREZ

Comisario del Hogar del

Combatiente de la

14.ª División.

SIEMPRE UNIDOS

Ya suena la bomba, ya trueno en el cañón,

resuena el disparo y se oye a lo lejos mi triste canción;

y en el fondo ignaro del horizonte gris, hay pechos amantes de revolución,

pechos ante los que huís los de la discordia y los de la traición.

Con tanto anhelo hablan las armas y con tal pasión,

que su desconsuelo será imponente y será tétrica su desilusión

si ni en el frente logran la unión. Por ellos, por los que sueñan, los que la vida por amor des-

deñan, tenemos todos que combatir a quien intente desunir.

Juntos, viven juntos; mueren, juntos mueren, y han sido ya tantos los que hoy son difuntos y los desencantos

que tanto nos hieren, que quieren hermanos vivir siempre unidos, como unían sus manos al caer heridos

los que hoy son hermanos dormidos...

D'ART

El Hogar del soldado modelo de establecimiento cultural.

donde el maestro, durante la clase, es compañero en todo momento; la biblioteca, que contiene tesoros de ilustración, es el oasis donde el luchador del frente puede apagar su sed de cultura, asesorado por un compañero más, que contribuye a la obra de cultura que todos anhelamos. La sala de recreo no sirve de embrutecimiento, cual en los recintos que, con nombre de Hogar, mantenía el militarismo perjuró, sino de sedante para el luchador que, disfrutando de un permiso, dejó momentáneamente el fusil, añorando volver a empuñarlo hasta conseguir la libertad, mancillada por los servidores del capitalismo.

Todo ha sido medido, todo calculado, para hacer más agradable la vida del soldado, y, al mismo tiempo, para elevarle a la categoría de hombre libre y hacerle digno de sus semejantes.

Los luchadores de la 14.ª Di-



Un bello rincón del amable hogar

visión; los que en el Jarama supieron conquistar a pecho descubierto el Pingarrón; los que hicieron huir como liebres a las hordas italianas en Brihuega; los que supieron tener a raya al enemigo en Brunete, tienen en Madrid un Hogar. Ya lo tenían en Brihuega; todos lo conocíais; aquellos que supieron escribir con su gesto heroico páginas de gloria para nuestro Ejército en Brunete no conocerán éste; pero es el mismo que ellos honraran con su presencia en Brihuega. Hom-

tro Hogar de la Alcarria trabajan por que los luchadores de la 14.ª División, al llegar a Madrid, encuentren en «su» Hogar cuanto necesiten para hacerles agradables las horas pasadas en la retaguardia.

¡Hombres de la 14.ª! Visitad «vuestro» Hogar, acudid a él; visitad su Biblioteca, que guarda tesoros de cultura para vosotros; acudid a su escuela, vivero de enseñanzas para el futuro; pasad las horas de permiso en Madrid, en su sala de recreo, en franca camaradería; apreciad sus virtudes para superarlas, y censurad sus defectos para enmendarlos; pero acudid a «vuestro» Hogar, en la seguridad de que contribuiréis con vuestra presencia a fortalecer la obra que es de todos y para todos.

Complemento del Hogar es el Auto-Bar que el Hogar ha puesto a vuestro servicio y que es para los combatientes, ya que su misión es llevar a los frentes lo que en los frentes no podéis encontrar; satisfacciones que en la retaguardia sólo sirven para que, a costa de vuestro sacrificio, medren los tiburones del comercio al amparo de la guerra.

Al frente, y al servicio de «vuestro» Auto-Bar, van compañeros como vosotros que trabajan para vosotros.

Esta es la labor del Hogar del Combatiente: hacer a éste menos largas y menos amargas las horas de la guerra, en espera de un mañana glorioso, pleno de libertad; que todos contribuyamos a esto para que



Una de las magníficas bibliotecas del Hogar del Soldado de la 14 División.



En el amplio salón de lecturas, los soldados atienden al perfeccionamiento de su cultura, cumpliendo así una de las misiones esenciales de este periodo revolucionario. (Fotos Sáenz de Añcos)

Ayuntamiento de Madrid

En España es difícil intimar. El carácter del español es variable. Lo que hoy propagamos, mañana lo destruimos.

Todo esto, naturalmente, fuera de las trincheras, porque en éstas no hay más que combatientes que sólo piensan en avanzar y que están pendientes de las órdenes de los mandos.

En España, los insultos están a la orden del día. Pero no los insultos y los odios que se aplican a los enemigos de nuestra independencia; no son esos solos, sino también los que se aplican a revolucionarios en los que se transparentan los deseos siempre encaminados a conquistar hoy el triunfo definitivo, encauzados ayer en el logro de sus aspiraciones, por las que se jugaron la vida sin vacilar siempre y los que no traicionaron nunca ni en la cárcel, como tampoco lo hubieran hecho ante el piquete de ejecución. Fermín Galán no vacilo para caer, y ninguno de los que con él quisieron libertar a España, nunca dudarían tampoco. García Hernández, Ruano, Perea y muchos más, fueron los que en muchos momentos, con entereza absoluta y responsabilidad consciente, en compañía de Galán, se lanzaron a conquistar la redención de España. Unos cayeron. Otros siguen siendo jefes del Ejército del pueblo por derecho propio, conquistado a través de toda una vida de episodios que han de enriquecer nuestra historia, aletargada por la inmovilidad de los siglos que pasaron.

Para ello hay un colaborador que no se puede rechazar. El comandante Perea. Prescindiendo de todo lo que hizo antes de la guerra, conocido de sobra por todos los hombres de izquierdas españoles, vamos a examinar la actividad desarrollada durante todo lo que llevamos de guerra. Naturalmente que los hombres como Perea no necesitan de propaganda como los arrivistas. Perea se prestigia a sí mismo. Su nombre es suficiente para ofrecer toda clase de garantías y para abrirse paso en donde quiera que esté.

A pesar de eso, nosotros queremos hablar de Perea. Razón para ello, sólo una. La indiscutible razón que nuestra convicción leal nos impone.

Perea vino de Francia cuando se enteró de que nuestras

Hombres de la victoria

El Comandante Perea

libertades estaban en peligro. En Francia, Perea vivía porque en España le hacían la vida insostenible. Los gobiernos derechistas le perseguían encarnizadamente. Los militares, sus «compañeros», traidores y mezquinos, ayudaban a los gobiernos. Perea, en aquella época, tenía un «delito» que merecía toda clase de oprobios. El delito de Perea, entonces, consistía simplemente en que era republicano federal. Por eso se puso a disposición de la República. Inmediatamente que llegó a España se hizo cargo del carácter de nuestra guerra. La independencia de

En el mes de julio de 1936. Desorganización absoluta. Milicianos, obreros, estudiantes, trabajadores de todas clases reclaman fusiles. No hay medio de atender a todas las peticiones. El movimiento, sin conexión, hay que encauzarlo. Entre los militares, los escasos militares leales que se hacen cargo de ello, está Perea. Enseña a un montón de hombres, y sin instrucciones, siendo el máximo responsable de las vidas de todos los que tras de sí llevaba, se lanza a la lucha.

En el sector de Lozoya, el comandante Perea inició una de las campañas más brillantes



nuestra patria exigía prescindir exteriormente de todas las clases de ideologías. No manifestarlas. No crear rencillas de tipo político, y Perea no intervino en aquella política y fué un militar antifascista que pone cuanto es al servicio de la causa republicana. Perea ni intervino ni interviene. No le hace falta. Los hombres que le conocen de todas las ideologías, los leales, los que prescinden de líneas y sólo quieren ganar la guerra cuanto antes, irán adonde Perea vaya, lucharán adonde Perea luche, y vivirán o morirán con Perea.

que se desarrollaron por entonces. Con muchos hombres, la mayoría inservibles para la guerra, puesto que faltaban los elementos más esenciales—los fusiles—, obtuvo señalados triunfos de gran importancia, máxime si tenemos en cuenta las dificultades que había que vencer en nuestro propio campo. Una victoria en aquellos tiempos, suponía mucho.

Después de pasar una larga temporada allí, fué trasladado Perea al frente de Madrid. Su columna, convertida ya en Brigada, actuó con la misma intensidad que lo había hecho anteriormente. En El Pardo

después, se hizo cargo de la 5.ª División. De la labor que Perea hizo al frente de dicha División, nos podrían hablar cuantos estuvieron con él: Farlacios, Julio Rodríguez, Carlos Sanz, Pellissó, Viarun, Saori y, en fin, todos los que en El Pardo lucharon, saben quién es Perea. Preguntáries y os responderán: «Un buen jefe, un compañero, un hermano que da cuanto tiene y estima a cuantos le estiman. Un técnico que conoce perfectamente los problemas de la guerra y que jamás comete la monstruosidad de lanzar a sus tropas a un combate si antes no ha estudiado a conciencia el movimiento, si no ha meditado serenamente las posibilidades de éxito y asegurado de que no se verterá poca sangre, la indispensable, ya que cada compañero caído causa un profundo pesar al comandante Perea.» Así os hablarán de Perea los que lo han tratado y los que han luchado con él.

De la 5.ª División pasó Perea a mandar el IV Cuerpo de Ejército. Las operaciones realizadas en el sector de Guadarrama, sobre todo una de las últimas, durante la que se tomaron siete pueblos ¡con 14 bajas!—la mayoría heridos—, nos ponen también de relieve la extraordinaria capacidad militar del comandante Perea.

Abandonado el mando del Cuerpo de Ejército, Perea, infatigable, sigue con el mismo entusiasmo su magna labor demolidora del fascismo... ¡Qué le importan a él ni calumnias ni las críticas! A Perea sólo le importa lo único fundamental que siempre debe obsesionar a todos los verdaderos antifascistas: agotar al enemigo.

Ante eso, ¿qué pueden suponer comentarios ni habillitas? Perea, elevado el pensamiento y noble en su actuación, claro en el decir, y sin ofender nunca a nadie, está, bien palpablemente lo ha demostrado, por encima de todo eso. Que sigan los profesionales del celestineo inventando oprobios y creando mentiras. Que continúen ofendiendo a diestro y siniestro, sin pararse a meditar la influencia que en la moral del combatiente puede ejercer la ofensa. Que sigan forjando conflictos y achacándose a los demás.

Nada de eso puede preocupar a un hombre de ideas sanas, de valentía reconocida y de moral elevada.

M. T.

(De la Revista «Kris»).

Dialogos del frente

“Con ayuda de mi pluma...”

Empezaré, como los autores de obras teatrales, describiendo el escenario y los personajes.

El escenario.—Un campo de lucha, un campo que, sin duda, fué muy bello, tan bello como otros muchos; aún existen algunos destellos que así lo hacen creer; pero, en general, ofrece una dolorosa y trágica visión.

(Téngase en cuenta que son catorce meses los que lleva galopando sobre este campo siniestrado el más y mil veces más abyecto de los cuatro jinetes del Apocalipsis, el cual, a horcajadas de su bestia, constituye el cuadro alegórico del programa fascista.)

Unas piezas de artillería estratégicamente colocadas, y a juzgar por su gallarda postura parecen sentirse orgullosas de ocupar su puesto en el frente de la Libertad; un poco a la derecha, unas tiendas de campaña que sirven de albergue a los artilleros.

Los personajes.—Una pluma estilográfica—no muy cara, por cierto—, unas cuartillas de papel blanco y yo.

He sido relevado de mi servicio, durante el cual no ha habido novedad (lo mismo repetirá el parte oficial).

Hoy es un día de calma, de esa calma relativa, única que nosotros conocemos; varios compañeros, formando un grupo, conversan animadamente; otros, sentados o paseando, leen, bien libros o bien cartas de los seres queridos; también algunos, dedicados a su aseo personal, entonan canciones revolucionarias; todos son jóvenes y sus caras están radiantes de contento: es la satisfacción del deber cumplido.

Me dirijo a la tienda que a unos cuantos compañeros nos sirve de cobijo; a la puerta de la misma existe un árbol y en una de sus ramas he dejado mi macuto colgado antes de entrar de servicio; llevo a él con el propósito de ordenar cuanto encierra; al desabrocharle me quedo perplejo y un tanto asombrado;

mi pluma estilográfica, ayudada por unas cuartillas de papel blanco, trataba de ganar la altura de la citada impedimenta; tan abstraídas estaban en su ímproba tarea que ni siquiera se dan cuenta de mi presencia; salgo de mi asombro y las doy el «alto». La pluma se me ha vuelto de una manera descarada y un tanto impulsiva; me mira fijamente y parece recobrar la serenidad; baja la cabeza y medita breves momentos; yo observo

una pequeña pausa y continúa—: Como ves, intentábamos fugarnos, pero ya te digo que me alegro de que llegues a tiempo de impedirlo, pues así podremos hablar, única manera de que lleguemos a una inteligencia, evitando que este incidente tenga consecuencias, quizá funestas para ti, por lo cual prefiero que abordemos de una vez el fondo de la cuestión.

Pasea ahora nerviosamente a lo largo de una camisa que



Unas piezas de artillería, estratégicamente colocadas, y a juzgar por su gallarda postura parecen sentirse orgullosas de ocupar su puesto, en el frente de La Libertad.

atentamente, pero no acierto a comprender lo que estoy viendo. Al fin, levanta su cabeza, negra y dorada, y me habla:

—Camarada — empieza diciéndome—, has llegado a tiempo y me alegro.—Hace

le sirve de pavimento, y me espeta las siguientes preguntas:

—¿Por qué luchas? ¿Por qué dejaste el taller?

Yo, cada vez más confuso, no me atrevo a contestar.

—Pues bien — continúa—,

tú luchas porque no existan parásitos que vivan y medren a costa de tu esfuerzo; dejaste el taller por defender la cultura y la libertad con las armas en la mano. Si es así, compañero, tu conducta para con nosotras está en contraposición con la causa que defiendes; tú nos sometes a la inactividad tan odiosa a que son tan aficionados tus enemigos; tú no pones los medios a tu alcance para capacitarte en lo más esencial y para poseer en el día de mañana, aunque no sea más, una pequeña y modesta cultura, lo que te permitirá ser un hombre consciente y justo. Por otra parte—y ahora hablo de acuerdo con mis compañeras las cuartillas—, nos coartas nuestra libertad al tenernos encerradas cual si fuéramos insociables y nocivas para la causa antifascista. Hace no sé cuánto tiempo, pues en esta mazmorra he perdido la noción del mismo, me adquiriste en un comercio: te oí perfectamente pedir al dependiente una pluma de mi especie y que «no fuera muy cara»; entonces comprendí que aquella oportunidad que se me presentaba no debía perderla, si quería ser útil, única y exclusiva ambición que yo anhelaba. Digo oportunidad, porque ya en varias ocasiones se presentaron en el establecimiento ciertos tipos que, sin señalar precio de antemano, y no dándole importancia a éste, pedían una pluma; cuantas veces fui presentada ante aquellos presuntos compradores, otras tantas fui dada de lado con las mismas palabras: «Es muy vulgar, no me gusta.» Yo entonces, muy afligida, volvía a mi vitrina y no comprendía el por qué se me rechazaba, si yo ardía en deseos de ser útil. Momentos antes de entrar tú a comprarme, una compañera me explicó el motivo por el cual yo no podía ser aceptada por aquellos que me llamaban «vulgar»; ellos querían una pluma bonita y que, a simple vista, llamara la atención de sus amistades, al igual que sus trajes, para llevarme embutida en el bolsillo de su americana, por una razón de estética tan absurda como ridícula. Entonces yo comprendí que no reunía las condiciones indispensables que ponían aquellos tipos, pero que, de haberlas poseído, puedes tener la seguridad de que me habría rebelado, pues mi manera de ser me hace alejarme de

toda clase de exhibiciones y mi lema ha sido siempre la modestia. No me importa que me lleves en un bolsillo interior y hasta, si quieres, me dejes en este lugar en los momentos en que ni puedas ni debas usarme; pero no puedes condenarnos a la inactividad en que hasta ahora nos has tenido.

Sigo mirándola y, al fin, me decido a romper mi silencio.

—Compañera pluma, si hubiérais podido consumir vuestra evasión del macuto, ¿qué hubierais hecho? ¿Dónde habríais ido a parar? ¿Cuáles eran vuestros propósitos?

—Tus preguntas, aunque hechas en desorden, son muy sencillas de contestar—me dice—; nuestras fuerzas son pocas, pero las creemos suficientes para poder llegar hasta el suelo, donde un compañero más consciente y con más ganas de trabajar que tú pudiera darnos un uso más de acuerdo con nuestras facultades. A ti te parecerá infantil este propósito, pero lo preferimos antes que soportar tu indiferencia, rayana en el desprecio hacia nosotras.

—Sin duda no os habéis dado cuenta de que al llegar al suelo podíais terminar vuestra poco ajetreada existencia bajo la suela del zapato de algún compañero distraído.

—Compañero—me dice sin titubeos—, es preferible mil veces la muerte a una existencia indigna y humillante.

—Todo me parece muy bien, compañera pluma; pero he de advertirte que yo no tengo que escribir más que a la familia, y por lo regular lo hago con lápiz y en una postal de campaña, pues mis ocupaciones no siempre me dejan tiempo para venir al macuto a solicitar vuestros servicios.

Yo quisiera, robando al descanso unos minutos, poder escribir para los periódicos, ya que esta idea me ha encantado siempre y envidio al que, por su capacidad, puede hacerlo. Yo no puedo; no he aprendido dónde debo poner una coma o dónde hay que colocar un punto o, en fin..., ya ves que carezco en absoluto de conocimientos ortográficos, factor que, a mi juicio, es imprescindible para poder ver satisfechos mis deseos. No me falta voluntad, pero estimo que es materialmente imposible. Todos se reirían de mis escritos, cosa que a mí me dolería en lo más íntimo de mí ser y me haría sufrir mucho. Claro que no sé si sa-



bría expresar mis sentimientos en unas cuartillas; pero sentir, eso sí que puedo, sin duda alguna; yo siento muchas cosas que quisiera saber explicar y que me proporcionan una gran congoja al considerarme impotente para su exposición. Si yo pudiera desahogar...; pero hay que rendirse a la evidencia, compañera, no puede ser. ¿Qué más quisiera yo?... Pero no puede ser..., no insistas.

—Mira, compañera—me dice—; no hay que ser tan pesimista; tienes voluntad y con esto sobra. Las cuartillas también están, como yo, rebotantes de voluntad y optimismo; comparte éste con nosotras y... manos a la obra. ¿Te atreves?

Mi contestación cierra en estas líneas. Compañera, con indecible pánico al fracaso y con gran inseguridad en mí mismo, el incidente que vosotras habéis provocado es mi primer trabajo. Que no caiga en el «vacío». Claro que el «vacío» no ha de ser en su literal significación, pues calculo que, antes que el mío, habrán «llenado» el «cesto» otros trabajos mejor terminados y más amenos que nuestro pobre diálogo, compañera pluma.

A. PEINADO

Frente de Guadalajara, 19 septiembre 1937.

La virtud de la obediencia

El fondo de bondad, de santidad de espíritu que hay en nuestra psicología, sin duda alguna puede perderse para la causa común que hoy defiende el pueblo con las armas en la mano, arrojando todas las amarguras y dolores de que sea capaz la humana naturaleza, si cada uno por sí, individuo o grupo, juzga la situación política, social o económica del momento conforme a su idiosincrasia, a su formación intelectual o ideológica, si tiene alguna; a sus fobias o simpatías, a sus apetitos o particulares conveniencias. Porque ello forzosamente conduce a una dispersión de esfuerzos, en vez de conseguir su conjunción, y a la relajación de la voluntad frente al enemigo de todos, cuando la consigna de los hombres beneméritos que en estas circunstancias difíciles tienen la misión de salvar al pueblo de su opresión futura, que representa todo lo que se ha levantado contra los poderes legítimos, es unidad de acción, imposible de conseguir sin la obediencia a los mandos y al derecho constituido.

Dirijase la vista por doquier y se verá que no hay orden de actividades ni aspecto alguno de la vida de relación, política, económica, militar, religiosa o social que pueda existir sin la obediencia. Claro que las clases dominantes, en el transcurso de la Historia, han entendido la obediencia a su modo, y la han impuesto a los pueblos de manera bien distinta a como deseamos exista en los ciudadanos todos, sin distinción, de la zona leal, pues aquélla ha servido para la formación de una psicología que rechaza todo intento de adaptación a un régimen de comprensión, de tolerancia y de libertad, mientras que la obediencia que ha de redimir al pueblo de las taras ancestrales es la obediencia a la ley, resultado de la voluntad jurídica colectiva.

Se viene hablando mucho

de disciplina; y, en efecto, sin disciplina es la victoria imposible; pero sin obediencia no hay disciplina. Es, pues, la obediencia el sustratum de la lucha actual, la clave de la victoria.

Así fué en otros tiempos y así es como se salvaron las grandes revoluciones, cuyos resultados beneficiosos para la humanidad pudieron ser transmitidos a las generaciones posteriores.

La lucha de los esclavos de Roma, bajo la dirección de Espartaco, contra el patriciado; de los labriegos de la Jacquerie contra los señores feudales, de los campesinos de Alemania contra los señores y de nuestras Comunidades y Germanías contra el absolutismo y la nobleza, fracasó, pasando al panteón de la Historia, en el instante mismo en que faltó la obediencia, que hizo inútil, como fuerza militar eficiente, la fuerza armada de los humildes, que se levantaron contra sus opresores creyendo encontrar en seguida su liberación.

Acudiendo a los ejemplos más cercanos de la Historia, adviértase que la revolución francesa se defendió contra el mundo antiguo gracias a que el patriotismo francés y el espíritu revolucionario de la época supieron imponerse el deber de la obediencia, lo que dio como fruto los brillantes ejércitos que pasearon los principios de la revolución por la Europa absolutista. Y, en la actualidad, Rusia ha creado un nuevo orden jurídico y económico, porque allí tampoco la virtud de la obediencia faltó cuando el pueblo más lo necesitaba para crear la fuerza que dio al traste definitivamente con el absolutismo esclavo y la sociedad que a su sombra, espléndidamente y a costa del pueblo, vivía.

No olvide el compañero lector las enseñanzas de la Historia y proceda en consecuencia.

J. BRAVO



¡ ¡ M I E D O ! !



Miedo de seres indefensos, de gentes que nunca pensaron en que sobre ellos pudiera desencadenarse la más brutal de las guerras que registra la humanidad, de gentes que vieron sus modestos hogares pasto de las llamas, sus campos arrasados, las vidas de sus hombres extinguidas y que incluso hasta la calma lobrega y sombría de los sótanos y de los oscuros refugios, ven como les persigue la furia satánica de la dinamita y de la metralla.

Miedo que se crispa en llanto de niños, en temblores de viejas, miedo a la muerte cruel que pasa volando alta, muy alta, acurrucada en los rincones de los grandes trimotores o asida a las crenchas igneas de los obuses. Miedo al dolor y a la muerte. Miedo a los Cuatro jinetes del Apocalipsis, cuyos corceles galopan, desbocados por los campos de España, excitados más y más por los hombres que ponen, por encima de todo, por encima de la vida y de la muerte, sus ambiciones inigualables, sus egoísmos sin fondo, su crueldad de hiena y sus instintos sanguinarios y brutales.

Es necesario terminar con ese miedo, matando su causa, cegando sus orígenes. Es imprescindible que vuelva a resplandecer la paz y la concordia; es necesario que los hombres vuelvan a llamarse para siempre hermanos.

Hay que secar esas lágrimas y calmar esos temblores. Y pronto, muy pronto. En caso contrario nos expondríamos a que fuera demasiado tarde.

Es necesario que los campos vuelvan a ser campos de paz, donde sólo resuenen los cantos del trabajo fecundo. Es necesario que los árboles, los ríos, todos los seres que han conocido el dolor de la guerra y de la desesperación, vuelvan a sentir sus almas tranquilas por la paz segura, por esa paz serena que tantos dolores y tantos sacrificios ha costado a los hijos del pueblo.

Y por encima de tantos dolores, de tantos miedos en los que palpita el ansia del dolor de ver como la muerte y la desesperación pasan y repasan al lado de estas gentes hermanas que nada saben de tantos crímenes, de tantas injusticias, se levanta siempre el deseo de libertad y de todo un pueblo que lucha por sus más queridos ideales. De todo un pueblo en el que se ha inflamado el rescoldo, dormido durante

siglos, de vida limpia, de vida clara, de vida digna y pacífica.

En el fondo de todos los corazones proletarios, en el fondo de todos los corazones machos, de trabajadores que alcanzan su redención, palpita el ansia de la victoria. Y quieren la victoria, quieren el triunfo rotundo y sin claroscuros, porque esa victoria, ese triunfo son el medio más eficaz y exacto—el único que en realidad existe—para que desaparezcan para siempre, sí, para siempre, los miedos de nuestras mujeres y nuestros niños.

Por eso lucha, entre otras cosas, el pueblo español, el proletariado de Iberia. Por eso combaten y mueren sus hombres. Por eso kiló-

metros y kilómetros de trincheras cubren nuestros campos y por todo el ámbito español explotan las granadas.

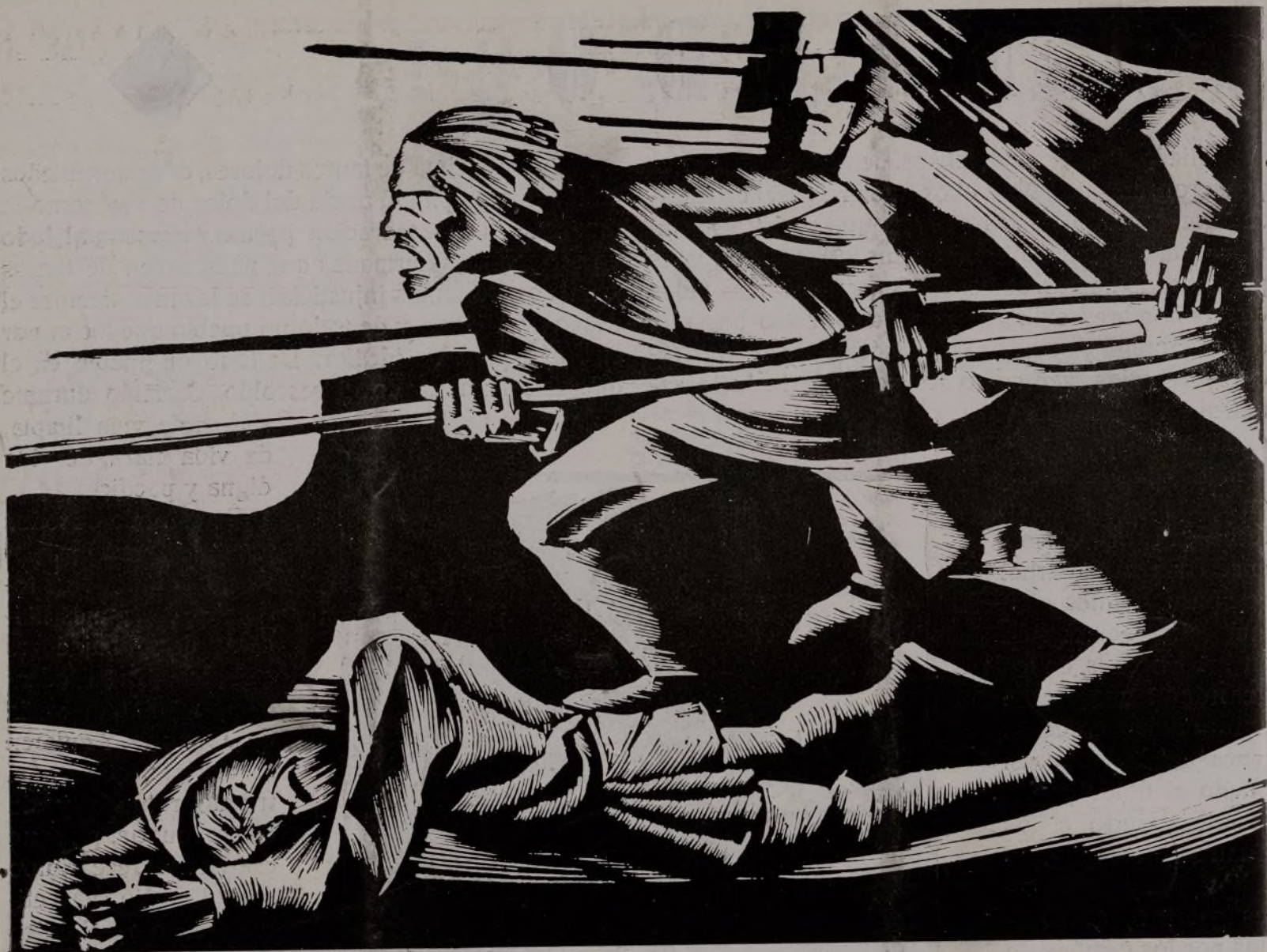
Hay que terminar con el miedo de las mujeres y de los niños, de nuestras mujeres y de nuestros niños. Hay que vencer, para que el miedo abandone para siempre nuestros campos y nuestras ciudades; hay que vencer para que el pueblo continúe su ruta progresiva.

Voluntad, que es voluntad victoria. Porque ahí esta la paz y el trabajo redimido, que es lo que quiere y anhela el pueblo español.



«MIEDO»

Grabado en linoleum por Jaime Prada



¡CAMPESINOS!

Palabra de amplias resonancias en las luchas proletarias; palabra en la que se reúnen todos los heroísmos y todas las miserias sufridas por los trabajadores, de igual manera que en los cuerpos enjutos de los mismos campesinos se reúnen los soles implacable del verano y los vientos, los hielos y las lluvias del invierno.

¡CAMPESINOS!

Masa anónima de hermanos de lucha y de clase, que cientos de veces se ha lanzado a la revuelta cansado de tanto sufrir el látigo, de tanto soportar la miseria, de tantos atropellos, de tantas explotaciones.

¡CAMPESINOS!

Evocación de manos encallecidas, de rostros curtidos, de trabajos rudos, de esfuerzos continuados.

¡CAMPESINOS! ¡Firmes en vuestros puestos! ¡Por la lucha, por el heroísmo, por el sacrificio y por el dolor caminaís con paso seguro hacia la paz y hacia la libertad!

Ayuntamiento de Madrid